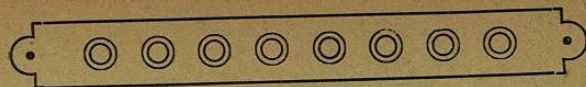


gloria, de su justicia, de sus sufrimientos. ¡Era la cabalgada de la muerte!

Cuando vieron llegar á aquel hombre, cata-pulta alada, como una bala, con la espada centelleante; cuando vieron á aquella mujer despeinada que lanzaba terribles alaridos, visión fantástica, los que caracoleaban con insolencia regresaron apresuradamente á las filas: el primero Felipe de Mantua, que buscaba resguardar el suyo tras los cuerpos de sus compañeros de causa.

Al chocar el caballero con la línea enemiga la hendió con vigor; exhaláronse mezclados en torno suyo gritos y gemidos de terror, que contestaba la gitanita con sus lúgubres aullidos, y por entre los caballos encabritados, las espadas desnudas, las descargas de mosquetería, la sangre y el humo pasó el *Real-Lagardère* persiguiendo á un hombre solo, á un cobarde que huía lleno de pavor á través de las compactas filas, de los fosos, de los ríos, de los precipicios y de los bosques, en persecución encarnizada y tenaz, en horrible cabalgada: la cabalgada de la muerte.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VIII

### Los ladrones.

Si Chaverny no pudo encontrar á Lagardère, tardó mucho en hallar á los dos diestros, y los tres se pusieron á caminar *en conserva*.

Cocardasse se había contenido un poco en sus gasconadas, y hasta dudaba de la eficacia de una acción aislada. Por habérselas echado de estrataga hizo perder el tiempo á todos sin el menor provecho. De ello le pesaba; y por esa razón, y para eludir en adelante toda responsabilidad, no dudó un momento en ponerse á las órdenes del Marqués.

Una vez asegurados de que Lagardère no había regresado al campo, decidieron buscarle por toda Castilla.

—¡Mal pecado!—exclamó el tolosano.—¡Ha hecho muy mal el pichón en abandonarnos así.



sin decirnos adiós ni darnos sus señas! Hemos perdido varios días. ¿No te parece?

—Cuando ha procedido así—repuso el normando,—será porque lo ha juzgado conveniente. Probablemente tendrá proyectos que no debemos conocer por ahora.

—¡Voto á bríos! ¡Pues en eso hace mal también el pequeño! Sabe lo que le queremos, y debía tener confianza en nosotros.

—Cierto. Además, va solo, y podía sucederle algo malo.

—¡No sabes lo que te pescas! ¡Cochina suerte! No puede suceder algo malo sino á los que se interpongan en su camino. Pero es verdad que si estuviéramos á su lado podríamos ayudarle.

La charla de los dos amigos no conseguía desarrugar el ceño de Chaverny, que comenzaba á estar inquieto, no sólo por la suerte del caballero, sino también por la de Aurora y Cruz.

Pasaba el tiempo; todos arriesgaban diariamente la vida, y, sin embargo, la situación era la misma que cuando llegaron á España. Y era tanto más insostenible cuanto que siguiendo las damas en poder de Gonzaga, si no se las arrebatában pronto, tendría tiempo para ocultarlas donde fuera imposible descubrirlas durante mucho tiempo. Además, el Marqués se apenaba pensando en las angustias de la madre de Auro-

ra, que por orden del Regente le aguardaba en Bayona, y á quien no podía enviar noticias satisfactorias.

Ignoraba en qué dirección encaminarse. Las dificultades eran aún mayores con motivo de la guerra. Fuera muy triste hacerse matar en un camino, oscuramente y sin gloria, por un destacamento de soldados; y Chaverny, lejos de buscar combates, como le estimulaba á hacerlo su bravura y la de sus compañeros, hacía todo lo posible por evitarlos.

La prolongada ausencia de Antonio Laho le preocupaba especialmente: su conocimiento del país y del idioma, su serenidad y su audacia le hacían un compañero preciosísimo. ¿Habría encontrado en algún paraje á Lagardère mal herido y estaría curándole?

—¡Sangre de Cristo!—dijo un día Cocardasse—¿Sabes lo que me figuro? Que el bayonés, sintiendo la nostalgia del hogar, se ha ido á dar una vuelta por Bayona para ver á su hermana, la bella hostelera.

—No lo creo—opinó Passepoil.—Si hubiera querido hacerlo, nos lo hubiera dicho: es libre de hacer lo que quiera, pues nos acompaña por su voluntad.

—¿Eso crees, pichón?

—Estoy seguro. Lo que puede ser es que le



haya pasado algo en Burgos, y me parece lo mejor ir á ver.

Esta opinión prevaleció, pues Chaverny hallábase indeciso, y tanto le daba ir por una parte como por otra, con tal de obtener noticias de Lagardère ó de Antonio Laho. Se dirigieron, pues, hacia Burgos.

El grueso del ejército español se había corrido por el Alto Aragón y Cataluña para contener al francés; y al llegar á Castilla no encontraron más que cuadrillas de gitanos y de ladrones. Nuestros tres compañeros los veían surgir á cada instante en su camino, y se quedaban mirando á los franceses, pues si las espadas y la ropa de los dos diestros no despertaban su codicia, no sucedía lo mismo con el colete de Chaverny, que se hubiera endosado cualquiera de aquellos bellacos con sensible placer, y mucho más hubieran experimentado en adueñarse del contenido de sus bolsillos.

—¡Palabra de honor!—decía el gascón á cada uno de aquellos encuentros.—Estos facinerosos tienen muy mala cara, y Petronila no tendría escrúpulos en agujerear la badana de esos reptiles, que parecen salir de un pantano bajo los cascos de nuestros caballos.

Y en realidad la espada del diestro no estaba mucho tiempo en la vaina. Con cualquier pre-

texto, y en cuanto creía su dueño que alguno de aquellos malandrines tenía propósitos de obstruir el paso, ya estaba desnuda, y cuando menos el gascón daba algún cintarazo á los que más á mano tenía.

Una noche Chaverny y sus compañeros cayeron en medio de un campamento en el preciso instante en que los bandidos procedían al reparto del fruto de sus rapiñas durante las últimas jornadas. La banda era numerosa. Cocardasse hizo irrupción en el círculo, produciendo el efecto de un Julio César en el campo de los vencidos galos; tanto más, cuanto que su caballo fué á sentar las manos en el montón de efectos que el capitán de la cuadrilla estaba repartiendo entre los suyos.

—¡Eh, novatos!—gritó ahuecando cuanto pudo la voz.—¡Siento mucho estorbaros; pero mi escarcela está vacía, y como veo ahí oro sobrado para llenarla, me llamo á la parte!

En efecto; sobre una sábana había amontonadas monedas de oro en bastante cantidad, alhajas preciosas, varios objetos del culto sustraídos de una ó varias iglesias, bocados de plata, vestidos bordados y de tisú aureo, armas y municiones.

—¡Nada de eso os pertenece!—dijo á su vez Chaverny adelantando en su caballo y colocán-



dose á la par del gascón.—Así, si no queréis que entremos todos en el reparto, peor para vosotros, pues no tendréis más remedio que largaros de aquí, y deprisita.

Los bandidos protestaron con un murmullo amenazador, y oyóse más de un ruido característico de alzar el gatillo de alguna escopeta.

—¡Cuidado!—aconsejó el prudente Passepoil.  
—¡Los lobos tienen dientes!

—¡Pero seremos nosotros los que morderemos; cuernos de Satanás!—tronó Cocardasse.—¡No tengas miedo, pequeño! ¡Vamos á ver ahora mismo quién va á hacer el reparto!

—¡Carguemos contra esta canalla!—ordenó el Marqués.

Oyéronse descargas de escopetas, gritos de mujeres, blasfemias y gemidos, y comenzó la desbandada.

La voz del gascón dominó el tumulto:

—¡Mal pecado! ¡No habíais contado, borreguitos míos, con que entraran en el reparto cintarazos y estocadas que tenéis bien ganados, y que os regalamos generosamente!

—¡*Pro Deo!*—añadió cándidamente el antiguo amanuense normando, regalándolas pródigamente y perdonando sólo á las mujeres.

El sitio era una especie de desfiladero que formaba en el centro como una plazoleta; una

ladronera, un mal paso que evitaban muleteros, trajinantes y viajeros.

El suelo estaba por muchos sitios cubierto de detritus, de carbones y de cenizas, atestiguando los continuos altos que hacían allí mendigos, bandidos y gitanos. Por casualidad llegaron á semejante lugar Chaverny y sus compañeros.

El Marqués se sorprendió en breve viendo que el rebaño que huía deteniase de repente y muchos de ellos volvían las espaldas á la salida y, por consiguiente, la cara á los tres hombres. Se hubiera dicho que habían sido cogidos entre dos fuegos.

Sin embargo, las mujeres pasaban. Sólo los hombres retrocedían lanzando gritos de rabia, y evitando en lo posible las estocadas de los tres franceses, escapaban por el lado opuesto.

—¡Vive Dios! ¡Me parece que el parisiensito está ahí! ¿Eh, Passepoil? Sólo él es capaz de impedir el paso á cincuenta hombres. ¡Mira por dónde, después de tanto buscarle, vamos á dar con él!

—Es posible, y me honra mucho ese querido muchacho al poner en práctica las lecciones de galantería que siempre le di. Ha dejado pasar á las damas.

—¡Mala peste con tu galantería! ¿Á esas bribonas llamas damas? ¡Tan damas como las bru-



jas aquellas que encontramos en el barranco no lejos de aquí!

—La mujer es un ser débil, querido amigo, al que hay que respetar y proteger.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Estás loco!

El coloquio no les impedía repartir tajos, reverses y estocadas. Pronto se hallaron sin adversarios, y Chaverny picó espuelas dirigiéndose hacia la salida, donde algo extraño había pasado. Creía encontrar á Lagardère, y su corazón palpitaba de júbilo. Pero su desconsuelo fué grande al no ver más que un montón de cadáveres.

Un temor los asaltó, y más que temor un terror que los hizo estremecerse. ¿Habría sucumbido el caballero? El gascón descabalgó, y comenzó á examinar los cuerpos tendidos sobre la yerba.

—¡Voto á bríos! ¡Si hubiera sido él, todos estarían heridos en la frente, y ninguno lo está!

Exhalaron los tres un suspiro de alivio, aunque aquello significaba el desvanecimiento de la esperanza que tan alegres los puso momentos antes; pero más valía no verle aún que tropezar con su cadáver.

De pronto el gascón lanzó un juramento de sorpresa: estaba frente á un monje que empuñaba una navaja ensangrentada. Como no era admisible que hubiese un religioso con los bandi-

dos, supuso que sería el enemigo que hallaron en su camino, aunque también fuese extraño.

Sin embargo, Cocardasse sabía que era frecuente en España aquel disfraz, y su primer cuidado fué levantar el capuchón que le ocultaba casi todo el rostro; y no bien lo hizo exclamó:

—¡El vasco!

Chaverny acudió, y sin detenerse á contemplar el pálido rostro comenzó á examinar el cuerpo por si estaba herido; pero su temor se disipó pronto al verle abrir los ojos. Antonio experimentó inmensa alegría al ver junto á sí al Marqués y al gascón. En el ardor y agitación de la lucha se había abierto su antigua herida, y aunque trató de sobreponerse á su dolor, se desmayó.

Por azar no tomó parte en la contienda: desde lo alto de la montaña había visto á los bandidos empezar el reparto de su rapia, y la intervención de sus amigos le dió vivas ganas de tomar parte en la gresca. Bajó precipitadamente, y muchos cadáveres atestiguaban el esfuerzo de su brazo.

Oíase allí cerca murmullo de agua, y Passepoil, cogiendo un cáliz de entre el montón de objetos robados, fué á llenarlo. En cuanto Antonio Laho humedeció los labios se sintió revivir, y su primera pregunta fué para averiguar el paradero de Lagardère.



—¡Ay!—exclamó Enrique desconsolado.—Esperábamos saberlo por vos.

—¡Maldición! ¡Hay que averiguarlo á toda costa! Le aguardan.

El Marqués se arrodilló á su lado para evitarle la fatiga de hablar alto, y preguntó:

—¿Dónde le aguardan? ¿Quién?

—¿Quién sino la duquesita de Nevers?

Chaverny se llevó una mano al pecho para reprimir las palpitaciones violentas de su corazón.

—¿Sola?—interrogó muy emocionado.

El vasco sonrió, y en su sonrisa podía leerse la satisfacción que le embargaba por poder dar una buena noticia.

—No, no está sola. También á vos os aguardan, señor de Chaverny, y todos seriais felices si no faltara el que necesitamos hallar lo antes posible.

—¿Dónde están?

—En lugar seguro. Nadie puede sacarlas de allí.

—¡Oh; hablad por favor! ¡Decídmelo todo, amigo mío: su asilo, sus sufrimientos, su situación, sus esperanzas!

—Lo sabréis todo de su propia boca; pero no puedo más... Desnudad mi espalda, y curad como mejor sepáis una herida que se me ha abierto y que me hace sufrir mucho... Entre los dos hombros...

Los cuidados que pudieron prestarle eran sumarios; pero bastaron para que pudiera tenerse en pie. Los cirujanos fueron el Marqués y Passepoil. Cocardasse tenía la mano muy ruda, y, además, si se había adiestrado en herir, nunca se preocupó de cómo podían curarse las [heridas. Ocupóse, pues, en inventariar las riquezas amontonadas por los ladrones á quienes hicieron huir, exclamando con admiración:

—¡Cuernos de Satanás! ¡Hay aquí muchas onzas que no tendrán mal albergue en mis bolsillos, y sería una imbecilidad dejarlas ahí para los merodeadores ó salteadores! ¿Qué opináis sobre este punto, caballero de Chaverny?

—Probablemente, los propietarios de [ese oro no lo necesitarán ya, y, de todos modos, no podríamos fácilmente devolvérselo. Lo único que cabe es emplearlo en misas por sus almas y en limosnas.

—¡La caridad bien entendida comienza por uno mismo!—pensó el gascón, y miró á Passepoil: ambos se entendieron.

—En cuanto á las espadas blasonadas, las sortijas y las alhajas que tienen iniciales ó escudos, estamos en la obligación de devolverlos á sus dueños ó á sus herederos. Son reliquias sagradas de las cuales seremos depositarios, y que devolveremos como podamos.



Todos se llenaron los bolsillos. Cocardasse pegó fuego después á cuanto no podían llevarse: arneses, coletos, casacas, capas, y Passepoil plantó una cruz á pocos pasos del brasero.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Chaverny.—Hablad, Laho, ya que sabéis mejor que nadie dónde es más urgente nuestra presencia.

El montañés reflexionó algunos instantes, y dijo:

—El país está agitado, y Gonzaga tiene mucha influencia. Por seguro que sea el asilo de mademoiselle de Nevers y de su compañera, es preferible llevarlas á Francia. Los cuatro juntos podemos trasladarlas á Bayona. Es lo primero que debemos hacer. Una vez en tierra francesa las damas, volveremos á España, y muy pronto hallaremos al caballero y podremos decirle: «¡Venid al lado de vuestra adorada!»

—¡Aquel día—dijo el tolosano—hemos de beber de lo lindo á la salud de los novios! ¡Vive Dios! ¿No te parece, Passepoil?

—Y no cabe duda de que nos acompañará alguna hermosa...

Chaverny estrechó la mano de Antonio entre las suyas.

—¡Gracias; gracias á vos, que vais á llevarme al lado de la adorada de Lagardère, á quien podrá servir y favorecer en nombre del excelente

caballero..., y al lado también de la que amo con toda mi alma, con todo mi corazón!

Y sin añadir palabra más por el momento los cuatro se dirigieron hacia Burgos.

